

# TÚ, YO Y EL ALZHEÍMER

Estaba pasando una fantástica tarde con mi abuela Lola, y de repente ,me dijo:

-No debo hablar contigo, además no te conozco ni sé quién eres .

-Pero si soy yo, abuela, tú nieta. ¿No me reconoces ? - le pregunté .

¡Pues no! – me contestó.



Me levanté y corrí hacia mis padres.

- ¡Papá, mamá! ¡La abuela no me reconoce - les comenté.

-Vamos a verla a ver qué pasa - contestó mi padre.

Fuimos a la terraza y otra vez volvió a preguntar:

- ¿Qué hacéis vosotros aquí? - dijo la abuela.

Pues, tú eres mi madre y estamos en tu casa, ¿no? - respondió mi madre.

Nos apartamos, nos pusimos en círculo y les dije:

-No nos reconoce.

-¿Qué hacemos? - preguntó mi madre.

¿Será una enfermedad? - les sugerí.

Llamamos al médico -opinó mi padre.

El médico le hizo una revisión, se apartó y nos contó:

- Es posible que tenga una enfermedad, pero no lo sabemos, las pruebas tardarán bastante tiempo.

-¿Qué enfermedad puede ser?- preguntó mi padre.

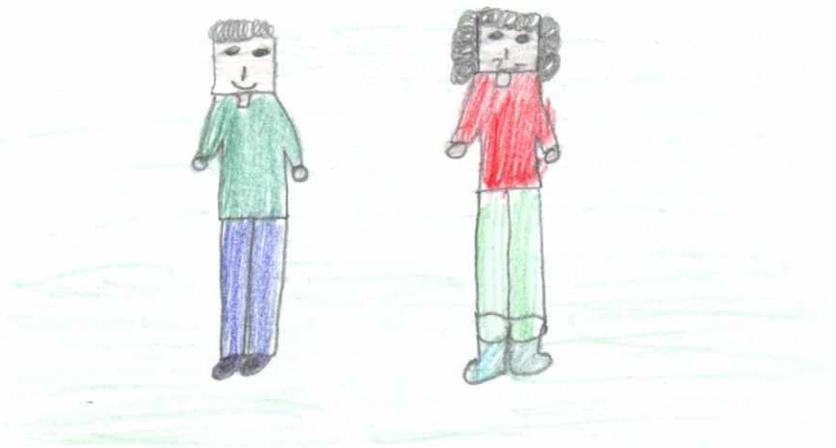
- Posiblemente Alzheimer - contestó el médico.

Pasaron los meses y llegaron las pruebas. Las leí y vi que no eran buenas noticias. La abuela tenía Alzheimer.

La abuela cada vez hacía cosas más extrañas. Un día decidió dar un paseo por su cuenta. Tratamos de convencerla para que no se fuera, pero ella insistió. Por el camino se encontró con un conocido que se llamaba Javier.

-Hola - le saludó.

-No hablo con desconocidos - le contestó. Y siguió su camino de vuelta a casa.



A las dos horas nos preocupamos y fuimos a buscarla. No tardamos en dar con ella.

Estaba en la plaza de los Cubos totalmente desorientada. A las cinco de la mañana me despertó porque estaba mareada y vomitó.

Nos asustó mucho y consideramos llevarla al hospital rápidamente. Estábamos muy preocupados. Después de una larga espera, y de muchas pruebas, los médicos dieron

con el problema. ¡Era Alzheimer! Había que ingresarla durante unos días.

Pasamos la noche allí con ella sin poder pegar ojo.

A la mañana siguiente, mi padre se acercó a verme con una sonrisa en la cara.

Al verle sentí un gran alivio en mi interior, parecía que todo iba bien.

Me comentaron que era una enfermedad en la que todos deberíamos apoyar a la abuela.

No me explicaron más. ¿Se pensarían que no me iba a enterar? Tengo 11 años, pero soy muy lista, y decidí investigar por mi cuenta.

Cuando llegué a casa, consulté el ordenador. Descubrí algo que seguramente nadie sabía y que podría dar un vuelco a todo. Mi hermano alucinaba cuando se lo conté.

De nuestras huchas cogimos todo el dinero que teníamos. Solo había 75 euros, pero algo se podría hacer.

Salimos de casa y nos dirigimos a la tienda de animales. Cuando llegamos, vimos unos cachorros de perros con cara muy triste. Nos interesó uno especialmente. Costaba 150 euros. ¡No nos llegaba!



Salimos apenados de la tienda y nos sentamos a pensar. ¿Qué podíamos hacer?

Después de mucho pensar, pasó por allí un señor mayor paseando a su perro. Al vernos nos preguntó:

- ¿Qué os pasa pequeños?

Le explicamos lo que había ocurrido en las últimas horas, y le contamos nuestros planes.

Sus ojos nos miraban con una mezcla de emoción a la vez que de tristeza.

Nos dijo que nos esperásemos allí, que enseguida regresaba..

Al cabo de un rato, el señor volvió con cara de alegría. Traía una jaula, y nos sorprendió lo que vimos. Nos había comprado el perro de la tienda. Sin más el señor nos dio el perro y siguió su camino.

Felices fuimos a casa a contarles a nuestros padres lo que nos había pasado. ¡No se lo creían! Les explicamos que habíamos visto en internet una terapia que resultaba muy beneficiosa para las personas que tenían Alzheimer. ¡La *caninoterapia*!

El día que mi abuela salió del hospital, toda la familia la estábamos esperando. Y también *Yumba*, nuestra perrita.

Ella se alegró mucho, mientras *Yumba* saltaba a su alrededor. ¡Qué feliz estaba!

Con el paso del tiempo mi abuela se fue recuperando poco a poco de los primeros síntomas. Acudía al hospital a realizar su terapia. Y una de las veces, en una de las salas de espera, coincidimos con el señor que nos había regalado el perrito. Me acerqué para preguntarle qué estaba haciendo allí, y para darle las gracias nuevamente.

Al verme me sonrió. Me comentó que al igual que mi abuela, él también padecía Alzheimer. No supe qué decir.

Entonces me di cuenta que nos había ayudado porque él sabía los beneficios que iba a conseguir mi abuela con la perrita.

Con el tiempo, mi abuela se fue recuperando. Cada día que pasaba se encontraba mejor.

Fue recuperando sus hábitos y las costumbres que tenía anteriormente.

Ese verano fuimos todos juntos de vacaciones para celebrar que mi abuela se había recuperado.